

Pitou leyó en la primera página estas palabras, que el uso ha hecho ya vagas é insignificantes, pero que en aquella época hacían una gran impresion en todos los corazones.

*De la independencia del hombre, y de la libertad de las naciones.*

— ¿Qué dices tú de eso, Pitou? preguntó el colono.

— Digo que me parece, señor Billot, que la independencia y la libertad son una misma cosa, y que mi protector hubiera sido echado de la escuela del señor Fortier, por crímen de pleonasma.

— Pleonasma ó no, ese es el libro de un hombre, eso, dijo el colono.

— Sea lo que fuere, padre mio, dijo Catalina con ese admirable instinto de las mujeres, ¡ocultad ese libro, os lo suplico! que puede traeros perjuicio. De mí sé decir que estoy temblando solo de verlo.

— ¿Y cómo quieres tú que me traiga perjuicio á mí, si no le ha traído á su autor?

— ¡Quién sabe! hace ocho dias que está escrita esa carta, y el correo no ha podido tardar ocho dias desde el Havre aquí. Yo tambien he recibido otra carta esta mañana.

— ¿De quien?

— De Sebastian Gilberto, que tambien nos escribe, me encarga dar espresiones á su hermano de leche Pitou; se me habia olvidado el encargo.

— ¿Y qué?

— ¿Y qué? que hace ya tres dias que debia haber llegado su padre á Paris, y no ha llegado.

— La señorita tiene razon, dijo Pitou: me parece que esa tardanza es de mal agüero.

— Cállate, miedoso, y lee el folleto del doctor, dijo el colono; así llegarás á ser, no solo sábio, sino tambien hombre.

Así se hablaba en esta época, porque se empezaba el prefacio de esa gran historia griega y romana que por espacio de diez años estuvo copiando la nacion francesa en todas sus fases, sacrificios, proscripciones, victorias y esclavitud.

Pitou colocó su libro debajo del brazo, haciendo un ges-

to solemne que acabó de conquistarle las simpatías del colono.

— Ahora bien, dijo Billot: ¿has comido?

— No señor, respondió Pitou conservando la aptitud semi-religiosa, semi-heróica, que habia tomado al meterse el libro debajo del brazo.

— Precisamente iba á comer cuando le ha echado su tia de casa, dijo Catalina.

— Pues bien, añadió el colono, vé á pedir de comer á la tia Billot y mañana empezará á ejercer tus funciones.

Pitou dió las gracias al señor Billot con una elocuente mirada, y guiado por la jóven, entró en la cocina gubernamentalmente puesta bajo la direccion absoluta de la señora Billot.

## CAPITULO VI.

### Bucólicas.

La tia Billot era una señora mayor que representaba unos treinta y cinco á treinta y seis años, redonda como una pelota, fresca, rechoncha y amable, que andaba siempre de un sit o á otro, del palomar al gallinero, del establo de los carneros al establo de vacas; examinando sus pucheros, sus hornillas y sus asados como hace un esperto general de su territorio; juzgando de una sola ojeada si estaba bien colocado todo, y solo por el olor, conociendo si la yerba buena y el laurel estaban distribuidos en los pucheros en cantidades suficientes; gruñendo por costumbre, pero sin la menor intencion de disgustar á su marido, á quien trataba como á cuerpo de rey; ni á su hija, á quien amaba mas en verdad que Mad. de Sevigné á la suya Mad. de Grignan; y á sus jornaleros, á quienes daba de comer mejor que ninguna otra *colona* de diez leguas á la redonda.

Así era que todos deseaban entrar á trabajar en la alquería del señor Billot. Pero allí, por desgracia, como sucede en el cielo, en comparacion de los que se presenta-

ban, eran muchos los llamados y pocos los escogidos.

Ya hemos visto que Pitou, sin ser *llamado*, habia sido *escogido*. Fué una felicidad que supo apreciar en todo su valor, especialmente cuando vió la dorada libreta que colocaron á su izquierda, el vaso de vino que le presentaron delante. Desde que se habia muerto su madre, que hacia ya cinco años, no se acordaba Pitou de haber tenido una comida semejante, ni aun en las grandes festividades de la iglesia.

Así fué que Pitou, lleno de gratitud y reconocimiento, á medida que iba engullendo el pan y la fiambre, que humedecia de vez en cuando con un traguillo de vino, sentia aumentarse su admiracion hácia el talento del colono, su respeto á la magestad de su muger y su amor por los encantos de su hija. Solo una cosa le incomodaba, y era el humillante oficio que tenia que desempeñar durante el dia, de guardar vacas y carneros, oficio que estaba tan poco en armonía con el que le estaba reservado para la noche, y que tenia por objeto instruir á la humanidad en los principios mas elevados de la ciencia social y de la filosofía.

En esto estuvo meditando Pitou, despues de haber comido. Pero aun en tales meditaciones, ejerció tambien su influencia la escelente comida que acababa de trasegar á su estómago.

Pitou empezó, pues, á mirar las cosas bajo otro prisma distinto del que habia usado hasta entónces. El oficio de guardar vacas y carneros, que al principio se le figuraba muy inferior para su talento, habia sido desempeñado en el mundo por dioses y semidioses.

Apolo, en una situacion muy parecida á la suya, es decir, echado del Olimpo por Júpiter, como él lo habia sido de su casa por su tia Angélica, se hizo pastor y guardó los rebanos de Admeto.

Hércules habia sido vaquero ó cosa parecida, puesto que, segun dice la mitología, habia tirado de la cola á las vacas de Geryon, y ya se guie á las vacas por la cola ó ya se las guie por los cuernos, esto es meramente una diferencia en los usos y costumbres del que las guia; y no

quita que mirándolo bien, sea de todos modos un hombre que guia vacas; esto es, un vaquero.

Pero aun hay mas: aquel Titiro recostado al pie de un faya, de que habla Virgilio, y que se felicitaba en tan bellos versos del reposo que le habia concedido Augusto, era tambien un pastor.

Y últimamente, tambien era un pastor aquel Melibeo que se quejaba tan poéticamente de tener que abandonar sus hogares.

Y en verdad, que todas estas personas sabian perfectamente el latin y podian muy bien haber sido curas si hubieran querido, y con todo eso prefirieron estar viendo á sus cabritillos despuntar el amargo cythiso, mas bien que decir misa y cantar visperas y completas. Era, pues, evidente que el oficio de pastor tenia muchos encantos y atractivos.

Y además, ¿quién impedia á Pitou restituir á este oficio toda la dignidad y poesia, que habia perdido? ¿quién le impedia desafiar á cantar á los Menalcas y Palemones de las aldeas vecinas? Ciertamente que nadie.

Pitou habia cantado mas de una vez en el coro, y hubiera de seguro aprovechado mucho en el canto con las disposiciones que tenia si no le hubieran cogido una vez bebiéndose el vino de las vinageras del cura Fortier, el cual, con su rigor acostumbrado, le habia destituido en aquel mismo instante de su dignidad de acólito. Verdad es que no sabia tocar el piporro; pero sabia tocar á las mil maravillas la pepitaña, que debia ser lo mismo. No sabia él hacer una flauta con agujeros desiguales como el amante de Syringa; pero con huesos de albaricoque sabia hacer silbatos con tanta perfeccion, que mas de una vez valió los aplausos de sus camaradas.

Pitou podia, pues, muy bien ser pastor sin degradarse de modo alguno; porque no descendia él desde su altura á la profesion de pastor, tan mal apreciada en los tiempos modernos, sino que por lo contrario elevaba á su altura esta profesion.

Además, las vacadas estaban bajo la direccion de la se-

ñorita Billot, y no era estar supeditado á las órdenes de nadie recibirlas de los labios de Catalina.

Por su parte, Catalina miraba tambien por la dignidad de Pitou.

Aquella misma noche, cuando Pitou se acercó á ella y la preguntó á qué hora saldria á reunir á los pastores

— A ninguna, le contestó sonriéndose.

— ¿Pues cómo es eso? dijo Pitou admirado.

— He logrado convencer á mi padre de que la educacion que habeis recibido es incompatible con el oficio á que os destinaba; os quedareis, pues en la alqueria.

— ¡Oh! tanto mejor, dijo con gozo Pitou; eso quiere decir que no me separaré un solo instante de vuestro lado.

Esta exclamacion se le escapó sin saber cómo al cándido Pitou. Pero apenas la hubo pronunciado, se le subió el carmin á las orejas, y Catalina bajó la cabeza y se sonrió.

— ¡Ah! ¡perdon, señorita! lo he dicho sin querer: no hay que reñirme por esto, dijo Pitou en tono compungido.

— No os reñiré, señor Pitou, contestó Catalina; que no es culpa vuestra si teneis aficion á estar siempre á mi lado.

Siguió un momento de silencio. Nada tenia esto de particular; ¡los dos pobres muchachos se habian dicho tantas cosas en tan pocas palabras!

— Pero... preguntó Pitou despues de un rato; yo no puedo quedarme en la alqueria sin hacer nada; ¿qué es lo que tengo que hacer en la alqueria?

— Hareis lo que he estado haciendo yo hasta ahora. Llevareis las cuentas con los jornaleros, los gastos y los ingresos... Sabeis de cuentas, ¿no es así?

— Sé las cuatro reglas, sumar, restar, multiplicar y dividir, respondió orgullosamente Pitou.

Una mas de las que yo sé, dijo Catalina. A mí no me gusta ninguna de ellas mas que la tercera. Ya conocéis que mi padre ganará tomándoos por su contador; y como yo ganaré tambien y vos ganareis tambien, todos ganaremos.

— ¿Y qué ganareis vos, señorita, preguntó Pitou?

— Yo ganaré tiempo, y en este tiempo me haré un gorro para estar mas linda.

— ¡Ah! dijo Pitou, bastante linda estais sin gorro para mí.

— Podrá ser, pero esa es vuestra opinion particular, dijo la jóven riéndose; además, no podemos ir á bailar los domingos á Villers-Cottere's sin llevar una especie de gorro sobre la cabeza. Esto si que seria bueno para las señoras que tienen derecho á echarse polvos blancos en la cabeza y llevarla descubierta.

— A mí me parecen mas hermosos así vuestros cabellos que si llevasen polvos

— Vamos, vamos; ya veo que os habeis empeñado en decirme lisonjas.

— No, señorita, yo no sé lisonjear; en la escuela del señor cura Fortier no se enseña eso.

— ¿Y se enseña á bailar?

— ¿A bailar? repitió Pitou lleno de admiracion.

— Sí, á bailar.

— ¡A bailar en la escuela del cura Fortier! ¡Jesús, señorita!... ¡Ah! ya... sí... á bailar...

— ¡Vaya! ¿no sabeis todavía lo que es bailar? preguntó Catalina.

— No, respondió Pitou.

— ¿No? pues el domingo vendreis conmigo á Villers-Cottere's y vereis bailar á Mr. Charny que es el que mejor baila de todos los mozos de las cercanias.

— ¿Y quién es Mr. Charny? preguntó Pitou.

— El propietario de la casa de campo de Boursonne.

— ¿Y bailará el domingo?

— Pues es claro.

— ¿Con quién?

— Conmigo.

Sin saber por qué, Pitou sintió su corazon oprimido.

— ¿Con que, es para bailar con él por lo que quereis parecer mas linda?

— Para bailar con él y para bailar con otros y con todo el mundo.

- Menos conmigo.  
 — ¿Y por qué no contigo?  
 — Porque yo no sé bailar.  
 — Pronto aprenderéis.  
 — ¡Ah! si quisiérais enseñarme vos, señorita Catalina, aprendería mucho mejor que viendo bailar á M. Charny.  
 — Ya veremos, dijo Catalina, ahora es ya hora de acostarnos; buenas noches, Pitou

— Buenas noches, señorita Catalina.

Fué para Pitou bueno y malo lo que oyó decir á Catalina; bueno porque supo de sus labios que había ascendido del oficio de pastor y de vaquero al de tenedor de libros; malo, porque vió que no sabía bailar, y que Mr. Charny sabía perfectamente; pues según dijo la señorita Billot bailaba mejor que todos los demás.

Pitou pasó la noche entera soñando que veía bailar á Mr. Charny y que él no sabía bailar.

Al día siguiente, Pitou empezó á ejercer sus funciones bajo la dirección de Catalina; entonces se le ocurrió una idea, y era que con ciertos maestros el estudio es una cosa agradable. Después de dos horas ya estaba perfectamente enterado de lo que tenía que hacer.

— ¡Ah señorita, dijo entonces á Catalina, si me hubiérais enseñado vos el latín, en vez del cura Fortier, me parece que no hubiera dicho ni hecho tantos barbarismos!

— ¿Y hubierais sido cura?

— Y hubiera sido cura, dijo Pitou.

— De manera que os hubierais encerrado en un seminario, donde nunca hubiera podido entrar una mujer...

— ¡Ah! ya, dijo Pitou, no había pensado hasta ahora en eso, señorita Catalina... ahora quiero más no ser cura.

A las nueve volvió el tío Billot; había salido antes de que Pitou se levantase. Todas las mañanas el colono se levantaba á las tres, y presenciaba la salida de sus mulas y carros; en seguida se iba hasta las nueve á recorrer sus campos, á ver si toda la gente estaba en su sitio, y cada cual cumplía con su tarea; á las nueve volvía á su casa á

almorzar y volvía á salir á las diez; á la una comía con toda su familia, y pasaba la tarde como la mañana recorriendo sus campos. Así era que la hacienda del tío Billot estaba cuidada á las mil maravillas. Como él mismo lo dijo, poseía sesenta fanegas de tierra al sol, y mil luises á la sombra. Y aun es probable que si hubiera sacado bien la cuenta, ó la sacase Pitou, sin estar distraído por la presencia ó el recuerdo de Catalina, se hubieran hallado algunos más luises, y unas cuantas más fanegas de tierra de que no había hecho mención el buen hombre Billot.

Cuando estaban almorzando, previno el colono á Pitou que al día siguiente en la granja á las diez de la mañana, se comenzaría la lectura de la obra del doctor Gilberto.

Entonces Pitou con timidez recordó á Billot que las diez de la mañana era la hora de la misa; pero el colono le tranquilizó diciendo, que había elegido precisamente aquella hora para mayor edificación de los oyentes.

Ya hemos dicho que el tío Billot era filósofo.

Odiaba á los sacerdotes, á quienes tenía por apóstoles de los tiranos; y siempre que hallaba ocasión de oponer altar contra altar, se aprovechaba de ello con un gozo inesplicable.

La señora Billot y Catalina se atrevieron á hacer también algunas observaciones, mas respondió el colono que las mugeres se fuesen á misa si querían, puesto que la religión había sido hecha para las mugeres; pero en cuanto á los hombres, oirían leer la obra del doctor, ó se marcharían de su casa.

El filósofo Billot era muy déspota en su casa; solamente Catalina tenía el privilegio de alzar su voz contra sus decisiones; pero si el colono había resuelto ya una cosa, y respondía á Catalina frunciendo el entrecejo, Catalina se callaba como todos los demás.

Lo único, pues, que intentó ahora Catalina, fué sacar partido de las circunstancias á favor de Pitou. Al levantarse de la mesa, hizo notar á su padre, que para decir todas las bellas cosas que tenía que leer al día siguiente, Pitou estaba muy pobremente vestido, y que teniendo que desempeñar el oficio de maestro, pues él era el que

pronunciaba las lecciones, no estaba bien que el maestro tuviese que avergonzarse delante de sus discípulos.

Billot contestó á su hija que se encargase de comprar un vestido á Pitou en la tienda de Mr. Delauroy, sastre de Villers-Cotterets.

Tenia razon Catalina, un vestido nuevo era absolutamente preciso al pobre Pitou: los calzones que entónces llevaba, eran los mismos que le habia mandado hacer hacia cinco años el doctor Gilberto, calzones que siendo al principio bastante largos, se le quedaron luego demasiado cortos, pero que gracias á la solicitud de la tia Angélica, es menester confesar que habian crecido dos pulgadas cada año.

Pitou no se habia cuidado nunca de vestir bien. El espejo era cosa no conocida todavía en casa de la tia Angélica, y no teniendo nuestro héroe como el bello Narciso, disposicion á enamorarse de sí mismo, jamás se habia puesto á contemplarse en el agua de los charquillos donde colocaba sus espantos.

Pero desde el momento en que Catalina le habló de bailar; desde que escuchó decir que Mr. Charny era un elegante caballero; desde que oyó lo de los gorros con que queria la jóven aumentar sa belleza, Pitou se puso á mirarse continuamente en el espejo, y entristecido al ver su destrozada ropa, habia empezado á discurrir de qué manera podria él tambien aumentar sus naturales atractivos.

Por desgracia á Pitou no se le ocurrió nada para conseguirlo. Su ropa estaba destrozada, pero para tener vestidos nuevos era menester antes tener dinero, y en toda su vida no habia poseído Pitou un solo cornado.

Sabia Pitou que para disputar el premio de la flauta ó de los versos, los pastores se coronaban de rosas, pero decia, y con razon, que una corona de rosas, aunque no sentaria mal sobre su frente, haria resaltar mas y mas la pobreza y destrozo de sus vestidos.

En su consecuencia, Pitou recibió una agradable sorpresa cuando el domingo siguiente á las diez de la mañana, estando meditando sobre los medios de embellecer su persona, vió entrar á M. Delauroy, el cual colocó sobre

una silla un vestido y unos calzones de azul turquí, con un chupetin blanco de rayas encarnadas, y se fué en seguida.

Al poco tiempo entró una costurera, puso sobre otra silla que estaba enfrente de la primera, una camisa y una corbata, y desapareció.

Era la hora de las sorpresas; apenas salió la costurera apareció el sombrerero. Traia un sombrerillo tricornio de la última moda, y de una hechura muy elegante; de los mejores, en fin, que se hacian en casa de Mr. Cornu, primer sombrerero de Villers-Cotterets.

Ademas se habia encargado al zapatero que hiciese á Pitou un par de zapatos con sus borlitas de plata, á medida de sus pies.

Pitou no sabia lo que le pasaba; no podia figurarse que todas estas riquezas fuesen para él. En sus sueños mas exagerados jamás se habia atrevido á desear tanta elegancia de vestidos. Lágrimas de gratitud corrieron por sus mejillas, y no pudo hacer mas sino murmurar en voz baja estas palabras:

— ¡Oh! ¡señorita Catalina! ¡jamás olvidaré lo que estais haciendo por mí!

Toda la ropa le venia perfectamente como si se la hubieran hecho tomándole medida, únicamente los zapatos le vinieron demasiado pequeños. El zapatero los habia hecho de la medida del pie de su hijo, que tenia cuatro años mas que Pitou.

Al ver su superioridad en este punto sobre el hijo del zapatero, tuvo nuestro héroe un momento de orgullo, pero no tardó en entibiarse su orgullo, pensando que tendria que ir á bailar sin zapatos, ó con los zapatos viejos, que no debian sentarle muy bien con lo demas de su trage. No le duró mucho tiempo esta inquietud, porque salió del paso probándose un par de zapatos que al mismo tiempo trajeron para el tio Billot. Quedó, pues, averiguado que el tio Billot y Pitou tenian igual pie, circunstancia que trató de ocultar solicitamente al tio Billot para no hacerle sufrir una humillacion.

No bien se acabó de poner Pitou sus suntuosos vesti-

dos, entró el peluquero, quien al punto se puso á peinar á Pitou: dividió sus cabellos rojos en tres partes, la una, que era la mayor, destinada á caerle sobre la espalda en forma de coleta, y las otras dos, para velarle las sienes, con el nombre poco poético de *orejas de perro*, pero que en verdad así se llaman.

Cuando Pitou, peinado ya y acicalado, se vió en el espejo con sus calzones azules, su vestido encarnado y su chupetin blanco, con su coleta y sus orejas de perro, no podia reconocerse á sí mismo, y se volvia á todas partes para ver si habia bajado á la tierra el mismo Adonis en persona.

Estaba solo. Se sonrió graciosamente, y con la cabeza erguida, cantoneándose á un lado y á otro, dijo, poniéndose de puntillas:

— ¡Ahora veremos á Mr. Charny!

El primer paso que dió Pitou al entrar en la cocina de la alquería fué un verdadero triunfo.

— ¡Oh!... mirad, mirad, mamá, gritó Catalina; qué bien está así Pitou!

— Y el hecho es que no se lo debe á sutia Angélica, dijo la señora Billot.

Lo malo fué que Catalina, despues de haber admirado tanto á Pitou en su conjunto, pasó á los detalles, y Pitou no estaba tan bien en los detalles como en el conjunto.

— ¡Anda, anda! dijo Catalina; ¡eso es una picardía, qué grandes teneis las manos!

— Sí, dijo Pitou; tengo unas manos soberbias, ¿no es así?

— Y las rodillas muy gordas!

— Eso es señal de que todavía tengo que crecer mas.

— Pero me parece que ya estais bastante crecido, señor Pitou.

— No importa, tengo que crecer mas todavía, no he cumplido aun mas que diez y siete años y medio.

— ¡Y no teneis pantorrillas!

— ¡Ah! eso sí, es verdad; pero ya las iré teniendo.

— Es preciso esperar, dijo Catalina. Lo mismo da, ¡estais así muy bien!

Pitou se inclinó lleno de galanteria.

— ¡Oh! ¡oh! dijo al entrar el colono viendo tambien á Pitou, ¡qué guapo mozo estás hecho, muchacho! Ahora quisiera yo que te viera tu tia.

— Y yo tambien, dijo Pitou.

— ¿Qué diria si te viera?

— No diria nada, se moriría de rabia.

— Pero papá, dijo Catalina con una especie de inquietud, ¿no tendrá ella ya derecho de volvérselo á llevar?...

— ¡Ca! ¿no ves tú que le ha echado de casa?

— Y ademas, dijo Pitou, ya han pasado los cinco años.

— ¿Qué cinco años? preguntó Catalina.

— Los cinco años por que le ha pagado mil francos el doctor Gilberto.

— ¿Ha dado mil francos á tu tia?...

— Sí, sí, sí; para que me hiciese aprender un oficio.

— Eso es lo que se llama un hombre de bien; exclamó lleno de gozo el colono; siempre estoy oyendo acciones tuyas semejantes á esa.

— Quería que yo aprendiese un oficio, dijo Pitou.

— Y tenia razon. Pero así es como se echan á perder las mejores intenciones. Mil francos para que se le enseñe á un muchacho oficio, y en vez de enseñárselo, le ponen en un colegio en manos de un zascandil, para hacer de él un seminarista. ¿Y cuánto pagaba al cura Fortier?

— ¿Quién?

— Tu tia.

— ¿Mi tia? mi tia no le pagaba nada.

— ¿Con que se guardaba las doscientas libras de Mr. Gilbert?

— Es de suponer.

— Mira, Pitou; el consejo que te doy, para cuando se muera el diablo de tu tia, es que registres bien por todas partes, los armarios, los gergones, los pucheros y hasta los ladrillos de la casa.

— ¿Y para qué? preguntó Pitou.

— ¡Para nada!... Porque puedes hallar algun tesoro de

viejos luises como quien no quiere la cosa, debajo de algun ladrillo. ¡Ah! sin duda ninguna; no tiene ella bolsa bastante capaz para guardar todas sus economías.

— ¿De veras? preguntó Pitou.

— Estoy seguro de ello. Pero ya hablaremos de eso en ocasion oportuna. Hoy es dia de irnos á dar un paseito. ¿Tienes ahí el libro del doctor Gilberto?

— Le tengo allí en el bolsillo.

— Padre mio, interrumpió Catalina; ¿habeis reflexionado bien lo que vais á hacer?

— No tengo necesidad de reflexionar para obrar como debo, contestó el tío Billot; el doctor me dice que haga leer ese libro y propague las máximas que encierra, y el libro será leído y las máximas propagadas.

— Bien, dijo Catalina; adios: mi madre y yo nos vamos á misa.

— Idos á misa, dijo Billot; vosotras sois mugeres y nosotros somos hombres, que es muy distinto. Vamos, Pitou.

Pitou saludó á Catalina y á su madre, y echó á andar detrás del tío Billot, muy lleno de orgullo por haberse oido llamar *hombre*.

## CAPITULO VII

En que se demuestra que las piernas largas si no son donosas para bailar, son á lo menos muy útiles para correr.

Mucha gente habia ya concurrido á la granja. Billot, según lo hemos indicado, era muy respetado de todos sus jornaleros, aunque les solia regañar á menudo; pero les daba bien de comer y les pagaba corriente.

Así fué que todos se apresuraron á acudir á su cita.

Por aquellos tiempos reinaba entre el pueblo esa fiebre estraña que se apodera de las naciones cuando las naciones se ponen á trabajar. Palabras raras y desconocidas salian entónces de lábios que jamás las habian pronunciado. Estas palabras eran *libertad*, *independencia*, *emancipacion*;

y, cosa singular, no solamente se oian pronunciar entre el pueblo, sino que antes las habia pronunciado la nobleza, y la voz que ahora les respondia no era sino un eco de ella.

Del Occidente fué de donde vino aquella luz que debia alumbrar hasta poner fuego. Y en América fué donde salió aquel sol que, siguiendo su carrera, debia hacer de la Francia un vasto incendio, á cuyo resplandor, las naciones espantadas, irian á leer la palabra *república* escrita en letras de sangre.

Estas reuniones para ocuparse de negocios políticos, eran en aquella época mas comunes de lo que parece. Hombres venidos no se sabe de dónde, apóstoles de un Dios invisible y casi desconocido, recorrían los pueblos y los campos sembrando por todas partes palabras de libertad. El gobierno, ciego hasta entónces, empezaba á abrir los ojos. Los que estaban dirigiendo la gran máquina que se llama el *Estado*, veian que ciertas ruedas se paralizaban, pero no podia atinar dónde estaba el obstáculo. La oposicion estaba ya en todos los corazones, aunque todavía no lo estuviese en los brazos y las manos; oposicion invisible, pero presente por todas partes, sensible y amenazadora, tanto mas, cuanto que semejante á los espectros, era impalpable y se la veia delante de los ojos sin poderla tocar.

Unos veinte ó veinte y cinco aldeanos, todos dependientes de Billot, se hallaban reunidos en la granja.

Billot entró seguido de Pitou. Todos se descubrieron y agitaron sus sombreros saludando al tío Billot. Era fácil comprender que todos estos hombres estaban decididos á dar su vida á una mera indicacion de su amo.

Empezó el colono diciendo á los aldeanos que el folleto que iba á leer Pitou era obra escrita por el doctor Gilberto.

El doctor era bastante conocido en todos aquellos sitios, porque tenia allí muchas propiedades, de las cuales era la principal la alquería arrendada por Billot.

Un tonel estaba ya preparado para el leyente; Pitou subió á esta improvisada tribuna y empezó á leer su folleto.

Es de notar que los hombres del pueblo, y casi me atrevería á decir que todos los hombres, escuchan una cosa con tanta mas atencion quanto menos la entienden. Claro es que el sentido general del folleto no podia ser comprendido por los esclarecidos talentos de la rústica asamblea, ni por el mismo Billot. Pero, en medio de su fraseología oscura, pasaban á manera de relámpagos en un cielo sombrío y cargado de electricidad, las palabras luminosas de *independencia, igualdad y fraternidad*. No era menester mas; estallaron los aplausos y resonaron los gritos de » viva el doctor Gilberto! »

Se habia ya leído la tercera parte del folleto y se resolvió que se leeria lo demas en los dos domingos consecutivos.

El auditorio fué invitado á reunirse para el domingo siguiente, y todos prometieron asistir.

Pitou habia leído muy bien. Por eso alcanzó tan gran triunfo la lectura. El leyente habia tambien participado de los aplausos dirigidos á la obra y siguiendo la influencia de esta ciencia relativa, el mismo señor Billot habia sentido en sus adentros cierta consideracion hácia el ex-discipulo del cura Fortier. Pitou, ya mas que grande en su físico, habia crecido, pues, moralmente mas de diez varas.

Solo le faltaba una cosa : la señorita Catalina no habia concurrido á la lectura.

Pero el tío Billot, encantado del efecto que habia producido el folleto del doctor, se apresuró á referirlo á su mujer y á su hija. La señora Billot no respondió una palabra : era un tanto corta de vista.

Pero Catalina se sonrió tristemente.

— Y bien ¿qué es eso? dijo el tío Billot.

— ¡Padre mio! dijo Catalina; temo que os estais comprometiendo.

— ¡Vaya! ¿te has convertido en pájaro de mal agüero? Pues á mí mas me gustan las golondrinas que los buhos.

— Padre. me han dicho que os prevenga que os tienen sobre ojo.

— ¿Y quién te ha dicho eso? si se puede saber.

— Un amigo.

— ¿Un amigo? Todo consejo merece agradecimiento. Vas á decirme el nombre de ese amigo. ¿Quién es? veamos.

— Uno que debe estar bien informado.

— Pero ¿quién es? acaba.

— El señor Isidoro de Charny.

— ¿Y quién le manda á ese marica meterse á darme consejos de lo que debo hacer? ¿Le doy yo consejos á él sobre su modo de vestirse? Pues me parece que mucho pudiera decirse sobre esta materia.

— Padre mio, no he dicho esto por enojaros. El consejo ha sido dado con buena intencion.

— Pues bueno : y le daré otro, y puedes decírselo de mi parte.

— ¿Qué?...

— Que el y sus compañeros estén alerta...

— Haced lo que os parezca, padre; teneis mas experiencia que nosotros.

— En efecto, dijo Pitou, á quien el triunfo alcanzado con la lectura habia llenado de orgullo; ¿quién le manda meterse en esto á vuestro señor Isidoro?

Catalina no le oyó, ó aparentó no oírle, y la conversacion no pasó adelante.

La comida fué como de costumbre. Jamás para Pitou duró mas tiempo comida alguna del mundo. Tenia mucha prisa para dejarse ver en todo su esplendor llevando del brazo á Catalina. Aquel domingo era para él un gran dia, cuya fecha, 12 de julio, guardaria para siempre en su memoria.

Últimamente salieron á las tres de la tarde. Catalina iba encantadora. Era una linda rubia de ojos negros, delgada y flexible, como el sauce que daba sombra á la fuente donde se iba por agua para la alquería. Por otra parte, iba vestida con toda esa coquetería natural que hace sobresalir mas la belleza de las mujeres, y el gorrito que llevaba en la cabeza, hecho por ella misma, co no se lo habia dicho á Pitou, le caía divinamente.

No empezaba el baile, según costumbre, hasta las seis. Cuatro gaiteros, subidos en un estrado de madera, hacían los honores de este salón de baile á cielo raso, mediante la retribucion de seis blancas por cada contradanza.

Aguardando á que diesen las seis, se paseaba la gente por el famoso paseo de los *Suspiros* de que habia hablado á Pitou la tía Angélica; desde allí se veía jugar á la pelota á los señoritos de la ciudad ó á los muchachos de las aldeas vecinas, bajo la direccion de maese Jarolet, pelotero mayor de S. A. el duque de Orleans. Maese Jarolet era tenido por un oráculo, y sus decisiones en materia de *saque*, *quince* y *falta*, eran admitidas con toda la veneracion debida á su edad y á su mérito.

Pitou sin saber por qué, se hubiera quedado de muy buena gana en el paseo de los Suspiros; pero no fué para pasearse á la sombra de aquellas dos hileras de hayas para lo que Catalina se habia tan elegantemente compuesta, atrayéndose la admiracion de Pitou.

Las mujeres son como las flores que nacen por casualidad á la sombra; incessantemente tienden á la luz, y de un modo ó de otro, necesariamente sus frescas y embalsamadas corolas han de abrirse al sol que las marchita y las devora.

Solamente la violeta, según dicen los poetas, tiene la modestia de quedarse escondida, y por eso viste de luto su mütíl bellota.

Catalina supo tirar tanto y tan bien del brazo de Pitou, que al poco rato se encontraron ya en el camino que conducía hácia el juego de pelota. Es menester también confesar que Pitou no se hizo tirar mucho tiempo del brazo; porque tenia tanta gana de lucir su vestido azul turquí y su bonito tricornio, como Catalina su gorrillo á la Galatea y su corpiño de cuello de pichon.

Una cosa con especialidad gustaba mucho á nuestro héroe y le daba en aquel momento cierta ventaja sobre Catalina. Como nadie allí le conoceria, puesto que nadie habia visto jamás á Pitou con tan rico trage, le tomarian,

á no dudarle, por algun jóven estrangero desembarcado en la ciudad, sobrino ó primo de la familia de Billot, ó un novio de Catalina, si se quiere. Pero Pitou tenia necesariamente que descubrir quién era, para que el error pudiese durar mucho tiempo. Hizo tantos saludos á sus amigos, se quitó el tricornio tan repetidas veces al pasar junto á sus conocidos, que, por último, todo el mundo reconoció en el gallardo aldeano al indigno discípulo del maestro Fortier, y se decían unos á otros al pasar: — ¡Es Pitou! — ¿Has visto á Pitou? — Mira; ¡ allí va Pitou!

Este clamor llegó también á los oídos de la tía Angélica; pero como oía decir que aquel á quien el clamor público proclamaba por su sobrino, era un gentil mancebo que andaba con los pies hácia fuera y los brazos arqueados, la buena de la vieja que habia visto siempre á Pitou andar con los pies hácia adentro y los codos pegados al cuerpo, meneó á un lado y á otro la cabeza con aire de incredulidad, y se contentó con decir:

— Se equivocan. No es ese el pillo de mi sobrino.

Llegaron los dos jóvenes al juego de pelota. Aquel día habia desafío entre los jugadores de Soissons y los de Villers-Cotterets, de manera que el partido estaba en estremo animado. Catalina y Pitou se colocaron junto á la raya á la altura de la cuerda. Catalina fué la que eligió este sitio como el mejor.

Al cabo de un rato se oyó la voz de maese Jarolet que gritaba: — A dos. — Adelante.

En efecto, pasaron los jugadores, es decir, fué cada cual á ocupar su puesto y atacar al de sus adversarios. Uno de los jugadores saludó al pasar á Catalina con una sonrisa, y Catalina contestó con una reverencia medio avergonzándose; al mismo tiempo sintió Pitou que el brazo de Catalina, que estaba apoyado en el suyo, temblaba un poco con un movimiento nervioso.

Una angustia desconocida se apoderó del corazón de Pitou.

— ¿Es ese el señor de Charny? preguntó mirando á Catalina.

— Sí, respondió Catalina; ¿con que le conocéis?

— No le conozco, dijo Pitou; pero lo he adivinado.

Efectivamente, Pitou pudo muy bien adivinar que aquel jóven era el señor Charny, despues de lo que le habia dicho Catalina el dia anterior.

El que habia saludado á la señorita Billot era un elegante jóven de veinte y tres á veinte y cuatro años; bello, muy ceñido de talle, de elegante figura y finos modales, como suelen tenerlos por costumbre todos los que reciben desde la infancia una educacion aristocrática.

El señor Isidoro de Charny ejecutaba con una perfeccion admirable todos esos ejercicios corporales tan difíciles para los que no los han estudiado desde niños; y ademas era del número de aquellos que saben vestirse siempre de la manera mas á propósito para los ejercicios que van á ejecutar. Sus trages de caza eran citados como modelos de buen gusto; sus armaduras hubieran podido servir al mismo San Jorge; y por último, su trage de á caballo era, ó mas bien parecia, por su modo de llevarle, de una hechura distinta de todos los demas.

Aquel dia, el señor Charny, hermano menor de nuestro antiguo conocido el conde de Charny, iba vestido en traje de mañana, con una especie de pantalon ajustado, de color claro; que señalaba perfectamente la forma de sus muslos y de sus piernas finas y musculosas; elegantes sandalias, atadas con correas, reemplazaban en aquel momento á sus zapatos de talon encarnado y sus botas con las cañas vueltas; un chaleco de piqué blanco ceñia su talle, como si estuviera ajustado por un corsé, y en fin, su criado tenia en la mano su vestido verde, galoneado de oro.

La animacion le prestaba entónces todo el encanto y frescura de la juventud que casi habia ya perdido, aunque no tenia mas que veinte y tres años, por sus largas vigili-  
as, sus nocturnas orgías y sus partidas de juego que se prolongaban hasta el amanecer.

No dejó Pitou de observarle curiosamente, como sin duda lo haria tambien Catalina. Cuando vió los pies y

manos de Mr. Charny, empezó á estar menos orgulloso de aquella prodigalidad de la naturaleza que le habia hecho superior al hijo del zapatero, y no pudo menos de pensar en que aquella prodigalidad pudiera muy bien haber sido repartida de una manera mas hábil en las distintas partes de su cuerpo.

En efecto, con lo que habia de sobra en los pies, en las manos y en las rodillas de Pitou, hubiera tenido la naturaleza con que hacerle una pierna muy linda. Solo que las cosas no estaban en su verdadero lugar; donde necesitaba estar delgado, estaba gordo; y donde hacia falta estar lleno, estaba vacío.

Pitou lanzó una mirada á sus piernas, de la misma manera con que miró á las suyas el ciervo de la fábula.

— ¿Qué teneis, señor Pitou? le preguntó Catalina.

Pitou no respondió, sino dando un suspiro.

Se acabó de jugar el partido. El vizconde de Charny se aprovechó de este intervalo para llegar á saludar á Catalina. Segun se iba aproximando, Pitou veia que la señorita Billot, se iba poniendo encarnada, y que su brazo temblaba cada vez mas.

El vizconde saludó á Pitou con una lijera inclinacion de cabeza, y en seguida, con esa finura familiar con que saben tratar los nobles de nuestra época á las jóvenes lindas del pueblo, preguntó á Catalina por su salud y la ofreció su mano para bailar la primera contradanza; Catalina aceptó.

El jóven le dió las gracias con una sonrisa. Le llamaron porque iba á empezar otro partido. Hizo un saludo á Catalina y se marchó de la misma manera que habia venido.

Pitou conoció entónces toda la superioridad que tenia sobre él aquel hombre, que hablaba, se sonreía, se acercaba y se marchaba de semejante manera.

Aunque hubiera empleado todo un mes para aprender á imitar el mas sencillo de los movimientos de Mr. Charny, no hubiera conseguido Pitou mas que hacer una parodia ridicula, segun él mismo lo conocia.

Si el corazón de Pitou hubiese aborrecido alguna vez, es seguro que desde aquel momento hubiera detestado á Mr. Charny.

Catalina siguió viendo jugar á la pelota hasta el momento en que los jugadores llamaron á sus criados para que les diesen sus vestidos. Entonces se dirigió, con gran desesperacion de Pitou, hácia el sitio del baile. Aquel dia Pitou parecia estar destinado á ir contra su voluntad á todos los sitios adonde no queria.

No se hizo aguardar mucho Mr. Charny.

Habiendo cambiado de trage, se presentó el jugador de pelota hecho un elegante bailarín.

Los violines dieron la señal, y Mr. Charny vino á presentar su mano á Catalina, recordándola de nuevo la promesa que le había hecho.

La sensacion que experimentó Pitou cuando vió á Catalina separar el brazo del suyo, y llena de vergüenza adelantarse hácia el círculo con su pareja, fué quizá una de las mas desagradables de su vida. Un sudor frío se le subió á la frente, y una nube espesa pasó por delante de sus ojos; estendió la mano y se apoyó en la barandilla, porque conoció que se le doblaban las rodillas, y eso que eran tan firmes y robustas.

Catalina parecia que ignoraba, y lo ignoraría probablemente, lo que pasaba en aquel momento en el corazón de Pitou; estaba orgullosa y llena de felicidad; de felicidad porque estaba bailando; y de orgullo, porque estaba bailando con el mejor mozo de todos los que allí estaban.

Si Pitou no habia podido menos de admirar á M. Charny como jugador de pelota, tampoco pudo menos de hacerle justicia como bailarín. En aquella época todavía no se conocia la moda de andar, en vez de bailar. El baile era un arte que se enseñaba como un ramo de la educacion. Dejando á un lado á Mr. Lauzun que debió su fortuna á la destreza con que bailó delante del rey, mas de un gentil-hombre debió el valimiento que gozaba en la corte á la manera con que estiraba la pierna ó con que sentaba la punta del pie hácia adelante. Con respecto á esto, el viz-

conde era un modelo de gracia y de perfeccion, y hubiera podido, como Luis XIV, bailar en un teatro con probabilidad de ser aplaudido, aun cuando no era rey ni actor.

Segunda vez Pitou dirigió á sus piernas una mirada desconsoladora, y no pudo menos de conocer que como no se obrase una gran mudanza en aquella parte de su individuo, tenia que renunciar á obtener triunfos de aquella especie.

Se acabó el primer baile: para Catalina, apenas habia durado algunos segundos, mas á Pitou le habia parecido un siglo. Cuando volvió á cogerse del brazo de Pitou notó Catalina lo demudada que tenia su fisonomía; estaba pálido; el sudor corria sobre su frente, y una lágrima, medio devorada por los celos, rodaba dentro de su ojo húmedo.

— ¡ Ah! Dios mio, dijo Catalina; ¿ qué es lo que teneis, Pitou?

— ¿ Qué tengo? respondió el pobre muchacho; que jamás me atreveré á bailar con vos, despues de haberos visto bailar con Mr. Charny.

— ¡ Bah! dijo Catalina; no es menester apurarse por eso; bailareis como podais y no por eso tendré yo menos gusto en llevaros de pareja.

— ¡ Ah! dijo Pitou; decid eso únicamente para consolarme, señorita; yo me conozco muy bien y sé que siempre tendreis mas gusto en bailar con ese noble jóven que conmigo.

Catalina no contestó absolutamente nada, porque no queria mentir, pero como tenia un alma tan escelente y empezaba á notar que pasaba alguna cosa estraña en el corazón del pobre Pitou, le hizo infinidad de amistosos agasajos, aunque no pudo devolverle su alegría y su buen humor. Tenia razon el tío Billot: Pitou empezaba á ser hombre, empezaba á sufrir.

Bailó despues Catalina otras cinco ó seis contradanzas, una de ellas con Mr. Charny. Esta vez, aunque sufrió del mismo modo Pitou estaba mas tranquilo en apariencia. Seguia con la vista todos los movimientos de Catalina y su pareja. Trataba de adivinar lo que se decian por el movi-

miento de sus labios, y cuando en las figuras que ejecutaban llegaban á darse las manos, miraba si se las daban meramente, ó si al darlas se las apretaban el uno al otro.

Sin duda aguardaba Catalina á este último baile, porque apenas se acabó, propuso la jóven á Pitou volverse hácia la alquería. Jamás fué acogida proposicion alguna con mas arrebató; pero la herida estaba hecha, y Pitou guardaba el mas absoluto silencio. Llevando del brazo á Catalina, iba dando tales zancadas, que la jóven se veia obligada á hacerle parar de vez en cuando.

— ¿Qué es lo que teneis, Pitou? dijo por último Catalina, ¿y por qué no me decis nada?

— No os digo nada, señorita, contestó Pitou, porque no sé decir cosas tan bien dichas como Mr. Charny. ¿Qué quereis que os diga yo ahora, despues de tanto como él os ha dicho cuando hablabais con él?

— Sois muy injusto, señor Angel; estábamos hablando de vos.

— ¿De mí, señorita? ¿y á qué venia eso?

— ¿A qué, señor Pitou? á buscaros un protector si é vuestro no parece.

— ¿Pues qué, no sirvo para llevar las cuentas de la alquería? preguntó Pitou dando un suspiro.

— Al contrario, señor Angel; yo creo que las cuentas de la alquería son las que no sirven para vos. Con la educacion que habeis recibido podeis aspirar á otra cosa mejor.

— Lo que yo sé, replicó Pitou, es que no quiero aspirar á nada que tenga que deber á la proteccion del señor vizconde.

— ¿Y por qué no deseais su proteccion? Su hermano el conde de Charny es, segun se cree, muy poderoso en la córte, y está casado con una amiga particular de la reina. El vizconde me ha dicho que si yo quiero os empleará en una oficina.

— Lo agradezco mucho, señorita; pero ya os he dicho que me encuentro muy bien así, y me quedaré en la alquería, á no ser que me despida vuestro padre.

— ¿Y por qué diablos te he de despedir yo? dijo una voz robusta que hizo estremecer á Catalina; como que era la de su padre.

— Mi querido señor Pitou, dijo en voz muy baja Catalina; ¡por Dios! no digais nada del señor Isidoro.

— ¿Por qué? responde, añadió el tio Billot.

— Yo no sé, dijo Pitou, no sabiendo en efecto qué contestar; quizá no sepa yo bastante para seros útil.

— ¿No saber bastante, cuando sabes sacar cuentas y lees mejor que nuestro maestro de escuela, que se tiene, sin embargo, por un gran amanuense? No, Pitou; Dios es el que guia á mi casa á los que entran en ella, y estando ya dentro, no saldrán hasta que Dios sea servido.

Pitou volvió á entrar en la alquería algo mas tranquilizado, pero no del todo. Una gran mudanza se habia verificado en él en el tiempo que medió desde su salida hasta su vuelta. Habia perdido una cosa, que faltando una vez, no se vuelve á hallar jamás; la confianza en sí mismo. Así fué, que Pitou, contra su costumbre, aquella noche durmió mal. En sus horas de insomnio se acordó del libro del doctor Gilberto; este libro estaba escrito principalmente contra la nobleza, contra los abusos de las clases privilegiadas y contra la cobardía del pueblo que se somete á ellas; entónces solamente pareció á Pitou que empezaba á comprender lo que habia leído por la mañana, y resolvió volver á leer pára sí solo, y en voz muy baja, apenas amanebiese, aquella obra maestra que antes habia leído en voz muy alta y para todo el mundo.

Pero como Pitou pasó mala noche, se levantó algo tarde. No por eso difirió para mejor ocasion el proyecto de su lectura. Eran las siete; el tio Billot no volveria hasta las nueve; y aunque volviere, no podría menos de aplaudir aquella ocupacion que tanto habia recomendado.

Pitou bajó al patio por una pequeña escalera y fué á sentarse en un banco que habia debajo de la ventana de Catalina.

Estaba vestido con su trage de costumbre, porque aun no habia tenido tiempo para que le hiciesen otro para todos los dias, y que consistia en sus calzones negros, su

blusilla verde y sus zapatos enrojecidos por el uso. Sacó, pues, el folleto de su bolsi lo y comenzó á leer.

No sabemos decir si al empezar á leer, dirigiria de vez en cuando alguna mirada desde el libro á la ventana, pero lo cierto es que como en la ventana no se veía rostro alguno de muger ni otra cosa entre las ventanas que los tuestos, Pitou fijó sus ojos en el libro sin repararlos de sus páginas un solo instante.

Verdad es que como no volvía nunca la hoja, aunque parecia estar enteramente embebido en la lectura, se podía creer que su inspiracion volaba por otra parte, y que en vez de leer, estaba absorto en meditaciones.

De repente pareció á Pitou que se proyectaba una sombra en las hojas de su folleto, que hasta entónces habian estado alumbradas por la luz del sol de la mañana. Esta sombra, demasiado oscura para que fuese de una nube, debía ser producida por un cuerpo mas opaco; pero como hay cuerpos opacos muy encantadores á la vista, Pitou se volvió lijeramente á ver quien era el que le interceptaba el sol.

Se equivocó Pitou de medio á medio. Efectivamente era un cuerpo opaco el que le quitaba la parte de luz y de calor que Diógenes reclamaba de Alejandro. Pero este cuerpo opaco, en vez de ser encantador, ofrecia por lo contrario un aspecto bastante desagradable.

Era un hombre como de unos cuarenta y cinco años, mas alto y delgado aun que Pitou, vestido con un traje tan viejo y raído como el suyo; que, inclinando la cabeza por encima del hombro del lector, parecia estar leyendo tambien el folleto con muy grande curiosidad.

Pitou se quedó como quien ve visiones. Una graciosa sonrisa asomó entónces á los lábios del esbirro, que dejó ver entónces una boca descomunal con solo cuatro dientes, dos arriba y dos abajo, que se cruzaban como los colmillos de un perro de presa.

— Edicion americana, dijo este hombre con voz gangosa; forma en octavo: *De la libertad de los hombres y de la independencia de las naciones*. Boston, 1788.

A medida que iba diciendo estas palabras el esbirro, Pitou iba abriendo sus ojos progresivamente con asombro; de manera que cuando acabó el otro de hablar, los ojos de Pitou habian tomado toda la dimension á que podian llegar.

— Boston 1788. ¿No es asi, señor mio? repitió Pitou.

— Así es; el tratado del doctor Gilberto, dijo el esbirro.

— Sí, señor, contestó con estremada afabilidad Pitou; y se puso en pie, porque siempre habia oido decir que era una falta de urbanidad hablar sentado á un superior; y al bueno de Pitou le parecia que todos los hombres le eran superiores.

Pero al ponerse en pie, Pitou divisó una cosa sonrosada que se movía en la ventana; y esta cosa sonrosada era el rostro de la señorita Catalina. La jóven le miraba de una manera singular y le hacia estrañas señas.

— Señor, preguntó el esbirro, que como estaba vuelto de espaldas hácia la ventana, no sabia lo que pasaba; ¿quién es el dueño de ese libro?

Y señaló con el dedo, pero sin tocarle, al folleto que tenia Pitou en sus manos.

Iba Pitou á responderle que el dueño era Mr. Billot, cuando oyó estas palabras pronunciadas por lo bajo con voz suplicante:

— Decid que vos sois el dueño.

Estas palabras no llegaron á los oídos del esbirro, porque en aquel instante estaba todo convertido en ojos.

— Señor, dijo magestuosamente Pitou, este libro es mio.

El esbirro levantó la cabeza, porque empezó á notar que Pitou separaba de él de vez en cuando sus ojos asustadizos, para fijarlos en otro sitio. Vió la ventana; pero Catalina, adivinando por el movimiento que iba á mirar hácia allí, rápidamente como un relámpago habia desaparecido.

— ¿Qué es lo que mirabais allí arriba? preguntó el esbirro.

— Vaya, vaya, señor, dijo Pitou sonriendo, permitidme que os diga que sois demasiado curioso, *Curiosus*, ó mejor dicho, *avidus cognoscendi*; como decia mi maestro el cura Fortier.

— Con que decís, replicó el hombre, sin admirarse al

parecer, de la ciencia que le habia mostrado Pitou con el objeto de que se formase una idea mas alta de su persona ; ¿ con que decís que es vuestro este libro ?

Pitou torció un ojo, de manera que pudiese ver con él la ventana. Volvió entónces á aparecer la cabeza de Catalina, é hizo una señal afirmativa.

— Sí, señor, respondió Pitou, ¿ queréis leerle ?

*Avidus legendi libri ó legendæ historiæ.*

— Paréceme, señor mio, dijo el esbirro, que no sois lo que indica vuestro traje; *Non dico vestitu sed ingenio.* Por consiguiente, daos preso.

— ¿ Cómo, preso?... dijo Pitou lleno de estupefaccion.

— Sí, señor ; hacedme el favor de venir conmigo.

Pitou ya no miró á lo alto, sino á su alrededor, y vió junto á sí dos alguaciles que aguardaban las órdenes del esbirro ; no parecia sino que habian salido de debajo de tierra.

Uno de ellos ató con una cuerda las manos de Pitou, poniéndole entre las manos el libro del doctor Gilberto.

Despues empezó á atar á Pitou á una argolla que estaba clavada en la pared debajo de la ventana.

Pitou iba ya á alzar el grito, pero oyó aquella voz que ejercia tanto influjo sobre él, que le decia : dejaos atar.

Se dejó, pues, atar con una docilidad que encantó á los alguaciles, y especialmente al esbirro. Y así fué que sin miedo de que se les escapase, se entraron en la alquería los alguaciles, sin duda á echar un trago de vino, y el esbirro... ya diremos á qué mas adelante.

No bien desaparecieron, cuando volvió Pitou á oír la voz :

— Levantad las manos, decia Catalina.

No solo las manos levantó Pitou, sino tambien la cabeza y vió el rostro pálido y asustadizo de Catalina, la cual tenia un cuchillo en la mano.

— ¡ Mas !... ¡ mas !... dijo la jóven.

Pitou se empujó sobre las puntas de los pies.

Catalina se inclinó entónces hácia fuera todo cuanto le fué posible, y cortando la cuerda con el cuchillo, dejó libres las manos de Pitou.

— Ahí va el cuchillo, dijo Catalina ; cortad ahora la cuerda de la argolla.

Pitou no necesitó que se lo dijeran dos veces ; cortó la cuerda, y quedó enteramente en libertad.

— Ahora, dijo Catalina, ahí va esa pieza de dos lises ; ya sabeis que teneis buenas piernas, id á Paris y avisad lo que sucede al doctor.

No pudo decir mas, porque volvieron á aparecer los alguaciles.

La moneda de dos lises cayó á los pies de Pitou, que la cogió con presteza.

En efecto, los alguaciles salieron á la puerta, donde se quedaron parados un instante, llenos de asombro, viendo libre al que acababan de atar tan perfectamente hacia un momento. Cuando Pitou los vió, se le erizaron los cabellos, y recordó confusamente el *in cronibus angiles* de las Euménides.

Los alguaciles y Pitou permanecieron en la actitud de la liebre y del perro de caza, inmóviles y contemplándose. Pero así como al menor movimiento del perro salta la liebre, así al primer movimiento de los alguaciles dió Pitou un salto tan prodigioso, que fué á parar al otro lado de una tapia.

Al verle saltar, dieron los alguaciles un grito que hizo acudir al esbirro, el cual traia una cajita debajo del brazo. No perdió este el tiempo en vanos discursos, sino echó á correr detrás de Pitou. Los alguaciles imitaron su ejemplo ; pero no tenian fuerza bastante para saltar como Pitou una tapia de cuatro pies de alta, y tuvieron que dar la vuelta.

Cuando llegaron á la esquina de la tapia, divisaron á Pitou á mas de quinientos pasos, dirigiéndose rectamente hácia el bosque, que apenas distaba ya de él un cuarto de legua.

Entónces se volvió Pitou, y viendo que le seguian los alguaciles mas bien por la tranquilidad de su conciencia que por la esperanza de cogerle, echó á correr con mas ligereza, y de allí á poco desapareció entre los árboles del bosque.

Pitou siguió corriendo así otro cuarto de legua; si hubiera sido necesario, hubiese estado corriendo dos horas consecutivas, porque corría y respiraba como si fuera un ciervo.

Pero al cabo de un cuarto de hora, conociendo por el instinto que ya no corría peligro alguno, se paró, tomó aliento, aplicó el oído, se puso á escuchar, y seguro de que estaba enteramente solo.

— Parece mentira, dijo en alta voz, que tantos sucesos hayan podido acaecer en el intervalo de tres días.

Y dirigiendo una mirada á su moneda de dos luises y al cuchillo.

— ¡ Oh ! exclamó; hubiera deseado tener tiempo para cambiar mis dos luises, y volver dos sueldos á la señorita Catalina, porque me temo que este cuchillo va á cortar nuestra amistad. ¡ Pero no importa, añadió, me ha dicho que vaya á Paris, y andando !

Después de haber examinado el sitio en que se encontraba, que era entre Boursonne é Ivors, tomó una trocha que en línea recta debía conducirle á Bruyeres de Gondreville, que está en el camino de Paris.

### CAPITULO VIII

A qué entró en la alquería, el esbirro, al mismo tiempo que los alguaciles.

Volvamos ahora á la alquería, y contemos la catástrofe de que no era mas que un episodio lo que sucedió á Pitou.

A eso de las seis de la mañana llegó á Villers-Cotterets un agente de policía de Paris, acompañado de dos alguaciles, se presentó al comisario de policía, é hizo después que le enseñasen la casa de Billot.

A unos quinientos pasos de la alquería, el agente divisó á un aldeano que estaba trabajando en el campo, y llegándose á él le preguntó si estaba el señor Billot en su casa. Respondió el aldeano que nunca volvía el señor Billot á su

casa hasta las nueve, que era la hora en que solía ir á almorzar. Pero en aquel mismo momento, alzando el aldeano la vista por casualidad, dijo señalando con el dedo á un hombre á caballo que estaba hablando con un pastor como á un cuarto de legua de allí.

— Precisamente, allí está el que buscáis.

— ¿ Quién ? ¿ el señor Billot ?

— El señor Billot.

— ¿ Aquel hombre á caballo ?

— El mismo.

— Bueno, amigo mio, dijo el agente, ¿ queréis hacer un favor á vuestro amo ?

— Con mil amores.

— Pues id y decidle que le está aguardando en la alquería un caballero de Paris.

— ¡ Ah ! dijo el aldeano, ¿ es el señor Gilberto ?

— El mismo, pasad á decirselo, añadió el agente.

No necesitó el aldeano que se lo repitiesen; echó á correr por el campo, mientras el corchete y los dos porqueros fueron á esconderse detrás de una pared medio ruinada que estaba casi enfrente de la puerta de la alquería.

De allí á un instante se oyó el galope de un caballo.

Llegó Mr. Billot y entró en el patio de la alquería; echó pie á tierra, dejó la brida al mozo de caballos, y se apresuró á entrar en la cocina, creyendo que allí iba á ver al doctor Gilberto; pero no fué así, sino que vió únicamente á su muger, que sentada tranquilamente estaba desplumando un pato con todo el cuidado y minuciosidad que requiere tan difícil operacion.

Catalina estaba en su habitacion cosiendo un gorro nuevo para el domingo siguiente; muy de antemano es verdad, empezaba su labor, mas para las mugeres es un placer tan grande como el de vestirse, como ellas dicen, el ocuparse en sus vestidos.

Billot salió y se quedó parado á la puerta de la alquería mirando á todas partes.

— ¿ Quién me busca ? preguntó.